

FIESTAS PATRONALES DE CAÑETE – 2003

**Sr. Edil Mayor, amigo Antonio.
Sufrida Comisión de Festejos.
Peñas grandes y pequeñas.
Vecinos y convecinos.
Agoreros y currantes.
Paisanos y, en definitiva, amigas y amigos:
¡¡ Buenas noches de fiesta !!**

Uno, que se ha convertido en pregonero de profesión, pues no en vano he pregonado en media provincia y hace escasos días tuve el honor de hacerlo a San Julián en Cuenca, no podía excusar porque no debo, el pregonar a su pueblo, a este encastado pueblo que no deja de sorprender a propios y extraños en ese, su deambular nostálgico, por obtener el reconocido prestigio, que hace de sí mismo, su baluarte del éxito.

Pero, ... ¿qué pregón hacer amigos?.

(Tiru...)

Algo hay en esta tierra, en este lugar, que impide contar sus adentros, sus entresijos. Al conjuro de la palabra, como ocurre con los sueños, desaparece envuelta en los pliegues de un velo evanescente, dejando apenas su sombra, el residuo de una vivencia íntima, intransferible, y a veces, egoísta.

Pero, es difícil muy difícil, renunciar al grandilocuente espectáculo que la Historia y la Naturaleza ofrece en este Cañete de Cuenca, porque, en esencia, todo fluye hacia arriba y para abajo y entre sus piedras, amuralladas algunas, hablan también las formas y los colores que evitan pensar en un mar de monotonía. Cañete está tan vivo como sus gentes y en cada palmo de su terreno hay tantos secretos como vivencias; tantas historias como leyendas;

tanto sacrificio como alegrías; tanta benevolencia como honestidad.

A Cañete le trató bien la Historia, de eso no hay duda y por sus calles anduvieron personajes ilustres, no más, que los que ahora lo hacemos aunque aquellos lo fueran en hidalguía y nosotros lo seamos, en sencillez. Y es que, yo, no debo hablar de nuestra historia y no debo, por no merecerla sino por la pulcritud del escritor, de ese, que en sueños constantes ha compartido mantel y mesa con un Canetti judío, un Álvaro de Luna afamado, un Hurtado de Mendoza adinerado o un Cerezuela fraylón y, ahora, patea con larga zancada y cabeza despejada entre Alvaradas, pregones, teatros o charlotadas.

Pero el contrato me exige el pregonar un pueblo, éste; el abrir unas fiestas, éstas y el compartir un grato momento, ahora. Y debo de hacerlo con la singularidad del que busca la novedad y no el desencanto, del que quiere agradar tanto, como de él esperan y del que, gracioso en su talle y modosito en sus maneras, rinda el respeto que merece a una Virgen, la de la Zarza, a un pueblo, nuestro Cañete y a unas gentes, vosotros. ¡Pues paisanos, ahí va mi Pregón!

(Tiru...)

Volemos en la fantasía del tiempo, aquella que es la más agradecida y la menos arriesgada por el eufemismo de sus formas y, a golpe de pinceladas busquemos los dos Cañetes que existen. Por un lado aquel Cañete de antaño, viejo por su historia, rico en creencias, fuerte en tradiciones, poco egoísta y tan fiel como somnoliento; el otro, el Cañete de ahora, atrevido en el comportamiento, dubitativo en sus tradiciones, un poco pendenciero en proyectos, bullicioso, quizás altanero, y sobre todo, el que queremos y merecemos. Lo hagamos a pluma rápida y a manera de diálogo entre personajes que bien pudieran ser los muertos o los vivos, o tal vez, los que vivimos a golpe

de crin, los que se esconden a cola de llueca o los que tenéis el corazón partío, -tal cual nos dice Alejandro Sanz-.

“Uno, cualquiera de entonces, ¡qué más da!, cruza el portón de la Virgen, angosto siempre, se sienta frente al río del mismo nombre que otros llaman Tinte y, casi meditabundo, piensa en el tiempo vivido a ras de rastrojos, ventoleras y tronás, tan duras como el trabajo en el terruño o la soledad del pastoreo. Vive en el Cañete de antaño. Le cuentan que hubo moros, alguno más que ahora, que entre judíos del barrio alto, un poquito mezquinos tal vez, y algún que otro cristiano tozudo hicieron murallas de a metro, portones de sillería, capillas para santos y cruzaron espadas en el Postigo. Alguien, de alto postín según dicen, echó cana al aire y Condestable tuvimos, poderoso, señorial, inmenso: el más grande de aquellos tiempos.

Eran tiempos un poco rudos pero hermosos en tradición. Torneos de habilidad ocupaban la ladera de esa magna fortaleza, entonces hermosa; los arrieros eran intrépidos, los artesanos de fama y, las mujeres, casi perfectas ...en hechura, pues en carnes siempre quedase esa duda.

Músicas, rondas, mayos...todo era un primor y María, la Cañeta bien lo supo:

En casa de Xaraba
hay una bella dama
en casa de Cerezuela
hay un galán por quererla.
Hermosa María,
mucho bien merece
le echaremos el mayo
si a vos le parece.

Entre piedras hacinadas, bien construidas, portones de madera y hierro, postigos, pósito, palacio de Marqueses, ermitas, muchas dicen los libros, capillas de ricos hidalgos, aunque pocas, casas con rejería, algún balconaje cruzado, sinagoga y plaza con más pórtico que ahora, vivían los Fabón, Ventayre, Canetti, López, Navarro, Gálvez, Luna, Cerezuela, Muñoz, Martínez, García, Fernández, Palomares y otros. Apellidos ilustres, casi todos, venidos de lejos y quedados acá porque aquí hay donaire más que tierra fértil, nobleza entre sus rocas, ríos trucheros y montes olorosos.

Y al lado, sin titubeos, fuerte creencia en su Virgen, aparecida en una zarza:

A la Virgen de la Zarza/ por Patrona la tenemos/ y los hijos de Cañete/ todos la veneraremos.

En la Zarza aparecida/ a un humilde labrador/ cual cayendo de rodillas/ le saludó con amor.

Altiva y bella, generosa, complaciente y milagrosa, tan obsequiada por salmos, novenas, rosarios, misas, solemnidades, y quizás, algunos dolores que entre tormentos de cuaresma elevaban el espíritu:

Consuela a María/ hombre pecador/ pues ha sepultado/ a tu Redentor.

Llora con ternura,/ con fe y humildad,/ hazla compañía/ en su soledad.

Eran duros tiempos, luchas por poder, enfrentamientos sin causa. Castielfabit nos ultrajó dicen los libros, Salvacañete ayudó y quedó condenado a nombre de deuda y no por menos, tiempos de alegría entre sentimientos heridos.

De Castiel, ¡ que maravilla¡,
por divina providencia,
se pasó vuestra clemencia
a Cañete antigua villa.

Nos cuentan algunos, lo más sabiondos, que aquella Virgen era más buena que la de ahora pues, entre milagros, llovía en sequía, Ojuelo es prueba, sanaba pestes, espantaba enemigos y permitía jolgorios. Dice un listillo de entonces: ...colocada la imagen en su aposento, años lejanos de 1700 más o menos, hubo regocijo público manifestado en tres corridas de toros y novillos, comedias, fuegos y bailes....bailes cuya música quizás la dieron los abuelos de estos Bazter de ahora, ¿ tal vez?.”

Pero, hay un Cañete de ahora. Ya no resuena el rechinar de las espadas, ni el deambular de los arrieros, ni siquiera, nos encontramos por la calle a Alvarillo, el judío Zacarías, el orgulloso Hurtado ni a doña Clotilde, la de Gerineldo. Otros tiempos que dicen, nuevos. ¿Tal vez?

“Por eso, sigamos soñando en voz alta y pensemos que otro cañetero más moderno, cualquiera de vosotros o yo mismo, pasea somnoliento después de fiesta rockera por el Huerto de doña Julia y, acercándose al arco remozado de San Bartolomé, se sienta frente al caserío, bastante cambiado, con marmolina en fachadas, canalones de poliuretano, rejería hueca, calles cementadas y letreros luminosos y piensa en otros tiempos no muy lejanos.

A su mente le vienen grandes recuerdos y, entre ellos, la plaza de carros hecha en tramás que bien dirigía el bueno de Julio el Perrero, los tambanaos, las vacas de Peñarrubia, el toro colorao, el Bomba, Dorito o aquel Pedro el Gallo, toreros de fajín y pañal, ¡qué buen olor dejaban! y bordeando con tacones, el Siervo y el Chato, siempre tan animados y alegres ¡qué grandes hombres! dándole a la fiesta el tronío señorial. Entre el verbeneo sin sobo y con columna desviada, la orquesta Filadelfia amenizaba y hubo años que vaca bajó al baile a sobaquillo de Carpe o empujada por Carrero. Eran tiempos de batalla, casi con el

mismo pantalón y camisa, sólo el día de la Virgen sacábamos lo planchado, en algunos, los privilegiados, sería nuevo, en otros, lo del año pasado, ¡qué más da, casi nadie te miraba!. Las carretillas fogosas te perseguían, la Joya, siempre la ganaba el mismo, los sombreros de paja adornaban nuestra melena, ¡qué añoranza le tengo releche! y, la Virgen, siempre ella, la que dicen era mas buena que la de antaño, nos bendecía en los encierros, nos arrojaba en las cunetas del puente del Tinte donde el roce iba caro y nos daba sentimiento sin rencores y sin envidias o, por lo menos, no tanta como hay ahora.

Aún recuerdo aquel Pregón que en un lejano 77 decía:
Ya están las animadoras/ enseñando las rodilla/ y las parejas de novios/ regando la Vegetilla.
Se van quitando más ropa/ y ya enseñan el ombligo/ algún casado mañana/ aparece en el Postigo.

Fiestas de la Virgen y fiestas de postín. Lo fueron en antes y lo son ahora y es que, nuestra Patrona, adolece de orgullo y rezuma en humildad. Tan grande como su trono y tan sentida como su gente. ¿Qué mujer de Cañete no se rinde a su pleitesía, a su serenidad o a su benevolencia? Bien podrían contárnolo sus doncellas, sus camareras o sus cuidadoras, aquellas, que desde tantos años atrás le han dado su gracia, su amor, su adorno...Inocencia, la de las Aurelias, antes de la guerra; el tío Baturro mientras la tuvo en la cueva de la Fuentes; Juana, la de Cercenado guardando el ajuar en su arcón; la tía Benita Chillarón, la del Sastre; la tía Vicenta, la de Fidencio o la tía Guadalupe Lucas, la Panocha.

Pero es que el tiempo que es tiempo, todo lo almacena, lo retiene y lo acrecienta. Por eso, aquellas de antaño sucesión han tenido y tienen porque la Guadalupe hija, junto a las Eugenetitas, guardan en sus arcas la ropa que envuelve la pureza de una imagen, venerada como ninguna.

Todo es alegría cuando se cree en ella, cuando se vive en amistad, cuando el disfrute y el jolgorio o la diversión tienen sentido y, en ello, ...anda suelto el galgo –como bien dirían, tantos y buenos cazadores de Cañete-.

Por eso ahora se vive la fiesta de otra manera y no por diferente, peor, sino otra, esa que marca la vida, la sociedad del momento, los hábitos y los usos, los buenos y malos usos.

Ya no hay Plaza de carros, ni siquiera aquella de barrotes donde el bueno de Amalio o el Tito de ahora, dejaban media tripa fuera, ahora es de “fina” hojalata y nunca mejor dicho y, además casi fija en ese Huerto de doña Julia que tanto de sí está dando; los Tumbaos, Curro Cano, el Bote, el Melenas, el niño del Columpio o el Clemen, todos, de tan fina estampa y porte en culo bajo, ya no se les ve por ésta, donde el Cuco “afinaba” banderillas o Ramos lucía su cinturita, y ahora, Joselito Rus, la coleta y el Genaro monta a caballo. Y es que, todo cambia dicen los hados.

Porque Cañete no es el mismo, ni siquiera en su Postigo, tan lucido; en su Museo, bien estudiado; en su plaza, peatonal y con busto; en el Huerto, con graderío; en el Colegio, con polideportivo ¡por fin!; en San Julián, remozada y con sonido; o en sus Peñas, ahora doscientas, de gran colorido y tronío.

Y es que, ésta de septiembre que es fiesta de la Patrona y que es tan nuestra, tan cañetera, tan siempre deseada, no ha de confundir a la gente que piensa, que entiende y que cree en el futuro, ni debe tener ninguna duda a pesar de que a caballo entre cada año, hay Alvarada que ha dado prestigio a un pueblo, que ha infundido solera a una cultura, que ha permitido conocer nuestra gran historia y que ha enriquecido la villa en allende fuera de nuestras fronteras y que, es otra cosa, otro evento, lúdico o cultural, necesario para el progreso, para el devenir, pero... diferente y distinto

a nuestra Fiesta, a nuestra juerga que cada Peña realza, eleva, proyecta y hace sentir nuestros corazones.

Peña la Zarza, tan vieja en gente como en solera; Peña las Chispas, rompedoras del corazón; Peña los Golfos, más que ningunos; Peña la Muralla, paellera y rociera; Peña la Sabina, bailona y tintina; Peña los Golfillos, estiraos y pardillos; Peña los Zánganos, a rayas tanto en celdilla como en colmena; Peña la Panocha, con local, cocina fina y rica cococha; Peña el Trueno, quizás lo dé; Peña Chocho Loco, que le quita el hipo hasta al coco; Peña las Padi, avispadas, burlonas y de salero; Peña los Willys, rokeros de encanto; Peña los Coyotes, los que buscan escotes; Peña las Salinari, ¡qué baile la Mari!; Peña las Cider, en el baile son las lider; Peña la Zarcilla, ¡qué bien menean su colilla!; Peña los Gallifantes, tan bulliciosos igual que antes; Peña el Porrón pon pero, de igual sentido que su salero; Peña las Nemus, los Dermaks, los Bunny, 501 y Radikales, esbeltos y vivales; todas alegres, tragonas, de buen beber y rico tener, todas lo tienen, lo viven, lo hacen, en ellas, la Virgen, descansa y se ríe, disfruta y convive. Sin ellas, no hay fiesta y las nuevas que vengan, así lo convengan.

(Tiru...)

Ahora ya podríamos cantar eso que dice: “Cañete, lindo Cañete,/ de la provincia de Cuenca/ con tu Virgen de la Zarza /y con tus bonitas fiestas.”

O tal vez, aquel otro: “Cañete eres Cañete/ ciudad de noble hidalguía/ Cañete tienes Cañete/ fiestas que son tu alegría.”

Porque las fiestas aquí están y llegan como producto trabajado de ese grupo de personas que tanto se esfuerzan para llevarlas a cabo y que pronto llenarán la iglesia el día de la Patrona, mañana sin mucho tardar, y un poco después los morlacos de Benito Mora, calle arriba y calle

abajo, mientras los cubos de agua refrescan a Rafa, Jaime, Ratón y algún otro despistado. Sonará la música, con resaca o sin ella, bailarán las Peñas, algunas, quizás haya charlotada ¡qué lástima por la añoranza!, habrá tenderetes de gallinos, de petardos, de cuchufletas y alguno podrá mojar el churro, si a tiempo llega, y es que la fiesta es para todos, para los que se sienten “Dinios y Pocholos” o, tal vez, “Yolonas y Malenas”, para los que vienen para ligar ¡qué difícil está!, los que arriman el hombro y callo tienes, los que observan y olismean ¡siempre los mismos!, los niños que bien disfrutan, los aceituneros altivos, los carrozones repeinados, los petarderos por petardos o los que los tiran, los alvarillos y los antialvarillos, las espigadas y las rechonchonas, las que se arriman y las que no, los estiraduros y los espléndidos, los seguidores de los triunfitos o los del Fary, los que critican y los que adulan, los que cana echan y los que la buscan, los de aquí y los de allá, los bienvenidos y los malvenidos, los forasteros que bien recibidos serán, todos, sin excepción, a disfrutar de unas fiestas, las mejores porque nuestras son, sin rencillas ni rencores, con alegría, amistad y convivencia y desde este estrado y como Pregonero os invito a vivirlas como ninguna y hacerlo en honor de nuestra Virgen, la más grande, nuestra Reina y Señora, disfrutando con la honesta vocación de ser cañeteros, los mejores y los primeros.

¡Viva Cañete!

¡Viva la Virgen de la Zarza!